

Maquiavelo en el espejo de Sarmiento: entre el desamor y el disimulo*

Machiavelli in Sarmiento's Mirror: between Heartbreak and Slyness

Milena Zanelli

Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Correo electrónico: milenazanelli@hotmail.com

 ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-0067-7452>



Resumen: Este trabajo se propone analizar la teoría del liderazgo que postula Sarmiento mediada por la figura de Maquiavelo. Interesa demostrar que en el análisis sobre Rosas que realiza Sarmiento, Maquiavelo no opera sólo como calificativo, sino que es una clave de lectura alternativa para comprender la política. En este trabajo de aproximación entre Sarmiento y Maquiavelo, se compara la escritura de ambos, la creación de arquetipos en sus obras, los afectos que caracterizan al intelectual respecto del líder y la creación de un bestiario político. Todos estos elementos son un insumo para analizar cómo se construye una teoría del liderazgo desde un enfoque estético, donde la sensibilidad motoriza el vínculo político.

Palabras clave: Maquiavelo, Sarmiento, liderazgo, afectos, sensibilidad.

Abstract: This paper aims to analyze the leadership theory postulated by Sarmiento through the lens of Machiavelli's figure. It seeks to demonstrate that in Sarmiento's analysis of Rosas, Machiavelli is not merely used as a qualifier but serves as an alternative interpretive key for understanding politics. In this comparative study between Sarmiento and Machiavelli, the writings of both are examined, focusing on the creation of archetypes in their works, the emotions that characterize the intellectual's view of the leader, and the development of a political bestiary. All these elements are used to analyze how a leadership theory is constructed from an aesthetic perspective, where sensitivity drives the political relationship.

Keywords: Machiavelli, Sarmiento, Leadership, Affections, Sensitivity.

Fecha de recepción del artículo: 08/08/2024 **Fecha de aceptación del artículo:** 09/10/2024

Para citación de este artículo: Zanelli, Milena (2024). Maquiavelo en el espejo de Sarmiento: entre el desamor y el disimulo. *Anacronismo e Irrupción* 14 (27), 105-124.

Identificador DOI: 10.62174/aei.10049

Recién con él [Vicente Fidel López] y Sarmiento hemos empezado a tener historia de bulto, cualquiera sea su imparcialidad; historia de carne y hueso, como diría un visual; porque nadie ha comprendido mejor que una cosa son los sucesos en sí mismos y otra es el arte de presentarlos en la vida con todo el interés de la animación y del drama que ejecutaron [...] Apenas “acomodemos” el ojo para la “visión distinta”, los tocamos con la mano.
Ramos Mejía

Así como muchos pueblos creen que el alma humana radica en la sombra, así otros (o los mismos) creen que reside en la imagen reflejada en el agua o en un espejo.
Frazer

Introducción

En este trabajo voy a realizar un análisis estético sobre cómo se construye una teoría del liderazgo. En este sentido, la teoría del liderazgo me interesa no tanto como un capítulo de la historia de las ideas políticas, sino como artificio. Por lo tanto, voy a detenerme en su dimensión poética, para comprenderla como una materialización desde la no-existencia hacia la presencia, como un emergente que produce percepciones y afectos. Esta perspectiva retoma el sentido del hacer productivo propio de la antigüedad griega:

la idea de ‘creación’ [*poiesis*] es algo múltiple, pues en realidad toda causa que haga pasar cualquier cosa del no ser al ser es creación, de suerte que también los trabajos realizados en todas las artes son creaciones y los artífices de éstas son todos creadores [*poietes*] (Platón, 1982, p. 252).

Tomando como punto de partida este enfoque voy a detenerme en la lectura que realiza Domingo Faustino Sarmiento sobre el liderazgo de Juan Manuel de Rosas mediada por la figura de Nicolás Maquiavelo. En este análisis me interesa visibilizar el lugar las analogías, los ejemplos, los sentidos y los lazos afectivos. Mi hipótesis es que, en el texto de Sarmiento, Maquiavelo no es, como parecería a primera vista, una figura de comparación para rechazar el gobierno de Rosas. En

*Dedico este trabajo a Eugenia Mattei, por su corazón de amiga, y a Gisela Eiras y Daniela Navello, por sus conocimientos de maestras

cambio, me interesa demostrar que Sarmiento despliega una teoría del liderazgo que comparte características con el pensamiento maquiaveliano. Ambos proponen lo que denomino “una teoría política especular”, que se desarrolla entre el sentimiento desamor y la habilidad del disimulo. Entonces, Maquiavelo no operaría solo como un adjetivo de Rosas, sino que es una clave de lectura para comprender cómo Sarmiento construye su teoría del liderazgo.

Con la finalidad de demostrar estas hipótesis, en primer lugar, realizo una contextualización de la obra de Sarmiento. Luego, reflexiono sobre el papel de las alegorías y los ejemplos en su texto; y analizo las cercanías con la teoría política y la escritura de Maquiavelo. A partir del análisis sobre la construcción de arquetipos de liderazgo en *El príncipe* (2005) introduzco una discusión respecto de las jerarquías de los sentidos. Utilizo la teoría aristotélica de los sensibles comunes para defender el carácter múltiple toda afección. A su vez, reflexiono sobre el sentimiento de desamor del intelectual que escribe sobre su patria desde el exilio. Más tarde, desarrollo la hipótesis de una política especular y contrapongo esta interpretación con otras lecturas de la teoría del liderazgo en Maquiavelo. Finalmente, me centro en la descripción sobre Rosas que realiza Sarmiento en la introducción del *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1999) y analizo las cercanías con la política especular maquiaveliana.

Los nombres envilecidos

La figura de Rosas desató toda clase de impresiones por parte de la denominada Generación del 37. Es posible rastrear un primer momento de entusiasmo seguido de un rechazo acérrimo, que lleva a muchos al exilio. En el caso de Sarmiento, se dirige a Chile en 1840, desde donde publica *Facundo* en el diario *El progreso*, como respuesta a los ataques que recibe por parte de los emisarios rosistas. La publicación de ese año no es la definitiva, ya que en las sucesivas reediciones del libro el autor modifica el último capítulo –el XV “Presente y porvenir”– según la coyuntura política.

El gesto de volver sobre los pasos realizados, cual actor ensayando la misma escena, atraviesa la existencia de Sarmiento. Su propia condición de exiliado político lo hace retornar una y otra vez al país trasandino. En *Recuerdos de Provincia* (1998), explica que su primera huida a Chile fue en 1832 cuando una carta donde él llamaba bandido a Facundo Quiroga fue entregada al ofendido en cuestión. Este hecho vuelve a repetirse dieciséis años después cuando una carta donde describe con indiscreción a Rosas termina en las manos del Restaurador. Los vaivenes de la política argentina signarán una vida donde la escritura política se realiza a la distancia y asechada por la mirada acusatoria de los otros. La ofensa y la injuria son las marcas de su afectividad intelectual, que señalan la no-pertenencia y que muestran la hilacha del lazo patriótico. En este sentido, *Recuerdos de Provincia*, su texto biográfico, tiene como único objetivo defender su nombre para conservar la estima de sus conciudadanos:

mi nombre anda envilecido en boca de mis compatriotas así lo encuentran escrito siempre, así se estampa por los ojos en la mente y si alguien quisiera dudar de la oportunidad de aquellos epítetos denigrantes, no sabe qué alegarse a sí mismo en mi excusa, pues no me conoce, ni tiene antecedente alguno que me favorezca (1998, p. 50).

Sarmiento es acusado de “inmundo, vil, salvaje” y “traidor, loco, envilecido, protervo, empecinado y otras más” (1998, p. 50). Muchos de estos mismos adjetivos son referidos por él mismo para describir a sus enemigos. La rueda de la fortuna, que gira entre Quiroga y Rosas, también arrastra consigo al propio Sarmiento. Sin embargo, cada repetición deja traslucir una nueva imagen, una deformación, como si el juego político se desplegara en una habitación de espejos rasgados.

De analogías y arquetipos

Me interesa partir de esta intuición refractaria para comenzar el análisis de la célebre descripción que realiza Sarmiento sobre Rosas al comienzo del *Facundo*.

Pero antes, me permito una bifurcación teórica para reflexionar sobre los lugares de enunciación y los mecanismos discursivos. Las primeras páginas del libro, consideradas fundacionales, quizás hayan sido las más revisitadas por la historiografía nacional. Por lo tanto, para poner en acto mi investigación debo jugar el papel desquiciante de lo ya dicho. Jorge Luis Borges se ríe de esta fatalidad discursiva en su cuento titulado “La trama” (1998). Allí, afirma que un gaucho es traicionado con el fin de que se reitere una escena sucedida diecinueve siglos antes, la del asesinato de Julio César, solo porque “al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías” (1998, p. 11). Cuando el gaucho divisa entre sus asesinos a su ahijado, al igual que Julio César, siente incredulidad. Es posible adivinar que en ese momento no solo se desgarró la carne trémula. Al final del relato, Borges aclara que las palabras que acompañan al grito del hombre apuñalado, y que él recibe a través de la obra de William Shakespeare, hay que escucharlas y no leerlas.

No es extravagante la figura del emperador romano, mediada por la pluma del escritor inglés, como impulsor de la acción local porque el símil es un procedimiento poético recurrente en la construcción de la simbología de la patria. En el *Facundo* se encuentran citas de Shakespeare en tres epígrafes, de las cuales dos están en francés. Sobre este respecto, Ricardo Piglia considera que:

En Sarmiento la erudición tiene una función mágica: sirve para establecer el enlace entre términos que, a primera vista, no tienen relación. Si Sarmiento se excede en su pasión, un poco salvaje, por la cultura es porque para él conocer es comparar [...] saber es descifrar el secreto de las analogías: la semejanza es la forma misteriosa, invisible que hace visible el sentido. La cultura funciona sobre todo como un repertorio de ejemplos que pueden ser usados como términos de la comparación (1980, p. 17).

La pasión por los ejemplos históricos también late en los textos de Maquiavelo. De hecho, los *exemplum* son narraciones de enorme relevancia para los humanistas clásicos del renacimiento italiano, usualmente utilizados de forma pedagógica para enseñar un modelo de virtud o de vicio. Eugenia Mattei (2016) da

cuenta del valor político que tienen estos modelos ejemplares en el pensamiento de Maquiavelo. Por caso, la figura de Moisés en *El Príncipe* puede analizarse como un “arquetipo de liderazgo” que posibilita dar cuenta del “vínculo pasional entre el líder y el pueblo” (2016, p. 108). Esta figura abre el final del libro, el capítulo XXVI “Exhortación a apoderarse de Italia y liberarla de los bárbaros”, donde se propone, al igual que en el cierre del *Facundo*, un plan de acción sobre la coyuntura política. Es posible suponer que Maquiavelo también hubiese cambiado la invocación final según las ocasiones si durante su vida su tratado no hubiese caído en desgracia.

Al margen de la anterior sospecha, lo que sí sabemos es que en el capítulo en cuestión Maquiavelo invoca a la casa Lorenzo de Medici a que tengan “en vista las acciones y la vida” de Moisés y otros líderes (Maquiavelo, 2005, p. 40). En los capítulos anteriores explica que las acciones de Moisés fueron el producto de su “propia virtud”, que “debe ser admirado por aquella gracia que lo hacía digno de hablar con Dios” y que fue necesario que encontrara al pueblo de Israel oprimido para que éstos “se dispusiesen a seguirlo” (2005, pp. 39-40). El pueblo se encontraba afectado por las desgracias y la esclavitud, es decir, estaban dispersos y demandaban la llegada de una autoridad. Moisés revela su virtuosismo cuando su rol como enviado de Dios y sus acciones audaces aparecen como creíble para los demás. El liderazgo mosaico no se explica porque impone su voluntad sobre los hebreos, sino porque, a través de la persuasión y la violencia, logró “mostrarse como el único representante legítimo de Dios y pudo proyectar esa imagen hacia el pueblo” (Mattei, 2016, p. 129).

El liderazgo aquí descripto no se expone como una herramienta que resulta del ejercicio de la voluntad de un hombre. Maquiavelo no propone leyes a aplicar para aprehender el mundo. En cambio, los arquetipos se configuran como la creación de imágenes. Por lo tanto, el líder puede compararse con aquello que Maurice Merleau-Ponty decía sobre el pintor, como aquel sujeto quien: “sin otra técnica que sus ojos y sus manos [...] empeñado en sacar de este mundo, en el que

suenan los escándalos y las glorias de la historia, telas [...]” (1986, p. 13). Si Lorenzo debe “tener en vista las acciones y la vida” de Moisés no es porque deba tomar sus pasos como una guía o un manual de operaciones, sino porque debe hacerse de los secretos de la visibilidad. El conocimiento sobre Moisés no intenta calcar un modelo, sino que devela la tarea de fabricar aquello que se designa. En este sentido específico, pintar liderazgos es un acto de magia performática. El carácter poiético del liderazgo expresa, entonces, una forma particular de afección de los sentidos.

Por otra parte, el uso de arquetipos, además de indicar una forma de comprender los liderazgos, también da cuenta de una escritura indirecta: “su estilo opera bajo la forma de alegorías” (Mattei, 2016, p. 108). La mostración del ejemplo es un modelo de expresión –y educación– oblicua. De esta manera, Maquiavelo coincide con Sarmiento en su proceder discursivo que, en tanto marca distintiva de ambos, es también un gesto de saturación. Los liderazgos no pueden ser interpretados por sí mismos, no hay lenguaje que logre capturarlos como un objeto simple e indivisible, claro y distinto. El análisis de Rosas y Moisés solo pueden ser desarrollado por la insistencia de comparaciones, de duplicaciones alucinadas que son la impronta de una falta, de la distancia entre el lienzo y la mirada del artista.

Quien estudia *El príncipe* y el *Facundo*, lejos de aumentar la capacidad de significación de los textos, los vacía. Ante la hipertrofia de la vida y del lenguaje solo cabe retroceder. A su vez ambas obras pueden leerse como un ejercicio de retirada. Al igual que Sarmiento, Maquiavelo se encontraba exiliado en el momento en que escribe *El príncipe*. Su nombre también había sido injuriado, cuando el nuevo gobierno de los Médici lo acusa de haber participado de una fallida conspiración. Es condenado a prisión y torturado cruelmente. Más tarde es liberado, pero su reputación queda mancillada, confinado al descrédito político y la miseria económica. Quentin Skinner describe que: “Muy descorazonado, Maquiavelo se retiró a su pequeña granja en Sant’Andrea [...] A partir de este

momento comenzó por vez primera a contemplar la escena política menos como participante que como analista” (1998, p. 31). De esta manera, construye su teoría detrás de las bambalinas y desde un profundo sentimiento de desamor. Este sentimiento se agrava más tarde, cuando sus esperanzas de ganarse el favor de la familia gobernante se ven rápidamente destruidas. Él esperaba que su amigo Francesco Vettori, devenido consejero de Lorenzo II de Médici, lograra hacerle llegar su libro al gobernante mediceo de Florencia. Sin embargo, Lorenzo parece haber recibido el libro en el mismo momento en que le ofrecieron un par de perros y se “mostró más agradecido y respondió con más amor a quien le había dado los perros” (*e' fece più grata cera, et più amorevole rispose a quel che i cani gli avevi dato, che a lui*) (Machiavelli, 1883, p. XIV).

A pesar de su situación de marginalidad, Maquiavelo deja entrever en la célebre dedicatoria a Lorenzo, que su distancia no opera como impedimento, sino como condición misma de enunciación:

así como aquellos que dibujan los paisajes se colocan abajo, en el llano, para considerar la naturaleza de los montes y de los lugares elevado y, para considerar la de los bajos, se colocan en lo alto, sobre los montes, igualmente para conocer bien la naturaleza de los pueblos, es necesario ser príncipe, y para conocer bien la de los príncipes, es necesario ser del pueblo (2003, p. 22).

Para conjurar el vacío que lo empuja afuera del palacio el intelectual solo puede trabajar desdoblándose. Pero esta duplicidad también expresa la oscilación del sí mismo del sujeto. No solo se necesita del otro –del ejemplo– para comprender los liderazgos, también se cancela la posibilidad de autoconocimiento del propio líder. El liderazgo y el líder únicamente pueden ser comprendidos a partir de una dislocación. Frente a la ilusión de apresar al otro y de delimitar un orden divisorio, aquí quien persigue también termina siendo perseguido. Como en una comedia de enredos, el dibujo que se proyecta sobre el lienzo siempre devuelve la mirada, produciendo en el trueque de personalidades, todo tipo de marañas y

tramoyas. Horacio González sostiene que en el florentino este mecanismo se torna incesante:

Mira Maquiavelo al príncipe desde abajo, pero implícitamente describe y de hecho asume él mismo la mirada del propio príncipe, que debe ejercerse desde arriba. Mira así el autor de *El príncipe* dos veces. Por él mismo y por el príncipe, su gran creación ficcional, que mira y es mirado cuando mira, desde una mirada que se encuentra así en un doble juego: desde abajo hacia arriba y desde arriba hacia abajo (2019, p. 69).

La construcción de una teoría de liderazgo se realiza en el ámbito del espectáculo, en cuanto moviliza el contemplar (*spectāre*)¹ compartido. En este punto, me interesa introducir un debate respecto del lugar de los sentidos en la teoría política de Maquiavelo. Diversos autores han teorizado sobre el vínculo mediado por la sensibilidad entre el pueblo y el príncipe entre los que se destacan Claude Lefort (2010) y Maurice Merleau-Ponty (1969). La legitimidad del líder se sostiene por el efecto que genera y por las afecciones que despierta en su comunidad. Recientemente Franco Castorina (2022) señaló que el sentido que jerarquiza este vínculo de percepción es el de la visión y de la audición, en contraposición del tacto, como propuso Sandro Landi (2022).

En consonancia con el gesto de duplicación maquiaveliano, creo pertinente desenvolver esta discusión exacerbándola. Sostengo que contemplamos y tocamos con todo el cuerpo. Un sujeto no es una intersección de cinco sentidos, sino que es un terreno/lienzo de percepción compleja. Cuando Sarmiento sostenía que su nombre “anda envilecido” en la boca de sus compatriotas y “así lo encuentran escrito siempre, así se estampa por los ojos en la mente” da cuenta de esta complejidad; lo mismo que Borges cuando escribía que al grito de Julio César hay que escucharlo y no leerlo. No se puede leer un

¹ Desde la Antigüedad es posible rastrear el carácter activo y público del *spectāre*. Por caso, en el teatro latino de Plauto existe una relación recíproca entre el actor y el espectador. Este procedimiento hace que incluso el público pase a ser considerado un personaje más. Véase al respecto: González Vázquez, Carmen (2000). La escena imaginaria del espectador plautino. *Pallas*, (54). <http://www.jstor.org/stable/43605497>

grito mortal sin escucharlo, sin que estremezca la piel. Toda proyección es múltiple y la carne recubre –y encubre– todos los estímulos.

Esta idea es desarrollada por Aristóteles de *De Anima* (1978) cuando explica que “la actividad sensorial más primitiva que se da en todos los animales es el tacto” (1978, p. 52). Su carácter extendido lo lleva incluso a pensar que el gusto es una especie de tacto. A partir de esta primera consideración podría parecer que el tacto es el sentido más popular y el más afín a una teoría maquiaveliana del liderazgo. Sin embargo, el estagirita también incluye a la vista como el sentido que tiene como objeto “los sensibles comunes”, es decir, que posibilita percibir sensibles que no pertenecen a ningún sentido específico. Tanto el tacto como la vista conforman la sensibilidad común (*κοινή ευαισθησία*), entendida como una facultad general de percepción: “Es, pues, necesario que sea una facultad única la que enuncie que son diferentes, ya que diferentes son lo dulce y lo blanco. Lo enuncia, pues, la misma facultad y, puesto que lo enuncia, es que también entiende y percibe” (1978, p. 90). Existe una sensibilidad común que no puede reducirse a una percepción especializada.

En consecuencia, la percepción es un fenómeno de sentidos integrados, que tiene efectos sobre el pensamiento, la memoria, la imaginación y los sueños. Como se refiere en la cita de *Recuerdo de provincia*, las impresiones se “estampan” en los “ojos de la mente” porque no hay percepciones aisladas ni etéreas. No hay una jerarquía de un sentido sobre otro porque todo artificio, todo traspaso del no ser al ser, es una imagen tangible. Por lo tanto, la magia performática de los arquetipos se comprende como la producción de aquello que hace aparecer los estímulos y que motoriza la sensibilidad común del pueblo. Solo cuando el hechizo no funciona aparece el intelectual “muy descorazonado” capaz de dar cuenta del dispositivo pictórico. Sin embargo, como se explicó, para hacerlo no solo debe entregarse al desquicio de participar, a la vez, como sujeto y objeto de percepción, sino también aceptar los giros de la rueda de la fortuna, es decir,

soportar las injurias cuando es expulsado hacia abajo, y actuar con audacia en las breves circunstancias en las que se está en lo alto.

Política especular

La construcción de una teoría del liderazgo adquiere en esta lectura características de lo espectacular. Se desarrolla a través de arquetipos que, en tanto reiteraciones, son también formas de la duplicación duplicada. Su efectividad siempre está en acto, existen en tanto proyectan impresiones y afectos, en tanto genera credibilidad en el pueblo y desamor en el intelectual que desconfía. En este sentido, creo que el pensamiento del florentino sobre el liderazgo siempre es especular. Con esta expresión no refiero al ámbito de lo especulativo. Me interesa la polisemia de la propia palabra –en su connotación como adjetivo y como verbo– para marcar un alejamiento interesado respecto de las teorías que interpretan la política maquiaveliana dentro de la ciencia política moderna y de las teorías elitistas. Las primeras sostienen que el autor desarrolla una teoría política técnica con un objetivo meramente instrumental: conducir al pueblo irracional hacia su forma más adecuada. En estas representaciones el líder aparece como ingeniero: “El artista constructor del Estado considera la muchedumbre humana que va a organizar estatalmente como un objeto para configurar, como un material” (Schmitt, 1985, p. 40) o como un teórico secular “del orden físico”, que utiliza la religión de forma racional como “arma política” (Cassirer, 2004, p. 165).

Por su parte, las teorías elitistas continúan la lectura realista de Maquiavelo, pero añaden una defensa de las minorías dirigentes. En toda sociedad existe una selecta elite política que es más apta para gobernar a la masa mayoritaria, caracterizada como irracional, inorgánica y voluble. Aquí la minoría que lidera se representa como el capitán de un barco “a la que la mayoría le entrega de buen o mal grado, la dirección” de la cosa pública (Mosca, 2006, p. 107). La minoría que comanda tiene ventajas porque se encuentra organizada y

porque posee ciertas cualidades, que son apreciadas como superiores. Estas cualidades, verdaderas o aparentes, son de índole material, intelectual y moral.

Otra representación de la minoría realizada por James Burnham, perteneciente a las teorías elitistas, se encuentra en el concepto del líder bonapartista. Este concepto sirve para dar cuenta de un liderazgo pretendidamente democrático, pero esencialmente autocrático. La ficción de la voluntad popular es utilizada por dirigentes que en los hechos “nunca son gobernados por las masas”, sino que siempre las dominan (Burnham, 1945, p. 154). La dirección de cualquier tipo de organización se encuentra en una posición favorable para proceder con independencia a la voluntad de sus miembros.

Estas teorías pueden relacionarse, entonces, a una razón especulativa, donde el líder descarga de manera unilateral un contenido sobre la masa pasiva. Las figuras del ingeniero, el científico, el capitán y Napoleón configuran una erótica viril y aséptica. El líder no es tocado por la masa, que se revela como materia vacante, como cuerpo complaciente sobre el cual volcar un beso salvador. Cual princesa durmiente, la masa no tiene un papel relevante en esta obra. Sin embargo, no hay que olvidar que también en esta trama el motor de la acción es especular. El destino de Blanca Nieves es anunciado por el espejo, cuando deja de responderle a su madrastra, la reina, con su nombre propio. Nuevamente, la incredulidad, la ofensa y la injuria, son las marcas del quiebre afectivo; que también empujan –en este caso a la princesa– al exilio político. Esta irrupción, más que una excepción, parece ser la función política fundamental del espejo. No refleja la realidad, sino que dibuja a su antojo una fábula trágica.

Puede leerse el procedimiento fantasioso del espejo como propio de los “espejos del príncipe”, donde se encuentran de forma característica los *exemplum* o modelos a seguir antes nombrados. Durante el Renacimiento este subgénero “había utilizado el concepto mucho más antiguo de sostener un ‘espejo’ ante los príncipes, presentándoles la imagen ideal y pidiéndoles buscar su reflejo en sus profundidades” (Skinner, 1993, p. 142). Maquiavelo se sirve de una tradición

anterior, que se remonta al mundo grecorromano, para delinear su teoría del liderazgo. Por lo tanto, no puede olvidarse que sus arquetipos son el efecto de una construcción especular, lo que implica abandonar el sueño vampiresco de un espejo vacío, de seres inmortales confinados en sus castillos, sin reflejos ni interrupciones.

Maestro del disimulo

Ahora bien, desarrollado el análisis sobre la función política de las alegorías, de los sentidos y los afectos en la teoría del liderazgo de Maquiavelo, es pertinente comenzar la indagación sobre el uso de estas figuras en el *Facundo*. Sarmiento en la introducción de su libro invoca al espíritu de Quiroga para que explique los secretos de la organización política del país. A pesar de que Quiroga se encuentra muerto, es quien debe develar el enigma porque Rosas es su heredero, “su alma ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto” (Sarmiento, 1999, p. 25).

Entonces, Rosas fue fabricado con el molde de Quiroga. Sin embargo, a pesar de esta similitud poética, el texto aclara a continuación que ambos tienen personalidades muy distintas. Rosas está hecho con el mismo molde y, por este motivo, es y no es Quiroga. Así como las reglas del espacio y el tiempo no permiten que exista coincidencia entre el espejo y su reflejo tampoco permiten que dos espejos reflejen la misma imagen. Por lo tanto, no hay dos liderazgos iguales. Los arquetipos no pueden ser reproducidos: son moldes de arena. Sarmiento no puede analizar a Rosas sin enfrentarlo a la imagen de Quiroga, y sin sentir el horror del contorno que se escapa, de la deformación de la copia.

El hecho de que la imagen de Rosas devenga copia no la vuelve menos efectiva. El nuevo molde es “más acabado” porque está vivo. Precisamente porque es una duplicación atrofiada motoriza el juego de las comparaciones y da sentido al análisis político. El objeto original, el liderazgo en sí mismo, es un trofeo que solo es alcanzado en la serenidad del mausoleo. Por lo tanto, al igual que Maquiavelo, Sarmiento puede poner en funcionamiento su tarea a partir de

la construcción de un espejo. Así, cual titiritero en un teatro de sombras debe retroceder para que se proyecten los arquetipos.

En este sentido, no creo azaroso que el del florentino sea el primer nombre propio que aparece en la introducción, luego del de Quiroga y Rosas. Leandro Losada sostiene que, si bien no hay un estudio sistemático de la obra del florentino por parte de la Generación del 37, es usual “el retrato de Rosas como tirano maquiavélico” (Losada, 2019, p. 25). Por caso, Juan Bautista Alberdi afirma que “el maquiavelismo no es gobierno normal” y critica el legado español y a la figura de Felipe II, denominándolo “maestro de la duplicidad, la segunda intención y el disimulo” (Alberdi, 1858, p. 707; cit. en Losada, 2019, p. 34). El maquiavelismo es asociado a la inmoralidad del príncipe. Estos rasgos son los que acentúa también Sarmiento:

Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo (1999, p. 25).

Rosas, en tanto encarnación de la barbarie que invade la ciudad culta, es un impostor.

Es cierto que el problema de la simulación es teorizado por Maquiavelo en *El Príncipe*. Sin embargo, no es un rasgo que se encuentre asociado al espíritu calculador. En el capítulo XVIII “Cómo deben ser guardadas las promesas por parte de los príncipes”, se propone que el príncipe tiene una doble naturaleza humana y bestial– y también se especifica que dentro de la naturaleza bestial existe, a su vez, una segunda dualidad de la cual debe servirse. En cada ocasión debe elegir entre la zorra², que no se defiende de los lobos, y el león, que no se defiende de las sogas. Esta caracterización del león y la zorra como no siendo

²El traductor del *Príncipe*, Antonio Tursi, elige el masculino “el zorro”; pero decidí mantener el género femenino expresado en el texto original: “Estando pues un príncipe necesitado de saber utilizar bien la bestia, debe entre ellas elegir la zorra y el león [...]” (*Essendo adunque un principe necessitato sapere bene usare la bestia, debbe di quella pigliare la volpe ed il lione [...]*) (Machiavelli, 1891, p. 302).

aquello el otro es, se reitera en la descripción que hace Maquiavelo del pueblo en su vínculo con los grandes en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (2018): “Y, sin duda, observando los propósitos de los nobles y los plebeyos, veremos en aquellos un gran deseo de dominar, y en éstos tan sólo el deseo de no ser dominados, y por consiguiente mayor voluntad de vivir libres” (p. 50). El pueblo, como la zorra y el león, se definen a partir de un ejercicio de duplicidad.

Volviendo al capítulo XVIII del *Príncipe*, se explicita que, si bien no es necesario tener todas las cualidades, sí es menester *parecer* tenerlas. En este sentido, la zorra, caracterizada a través de la astucia, es la bestia más importante. Por este motivo, afirma: “es necesario a esta naturaleza saberla colorear bien, y ser un gran simulador y disimulador [...]” (Maquiavelo, 2005, p. 92).

La astucia se refiere entonces a parecer lo que no se es. Esta es también la función del espejo, que desdobra un cuerpo. A su vez, cabe reparar, una vez más, en el hecho de que una identificación del cuerpo en esa otredad que es el espejo solo puede producirse desde la distancia. Sin ese vacío no habría producción de imágenes y la zorra quedaría presa de los lobos. El reflejo y la astucia existen en tanto simulación impertinente, en tanto dobles de la mirada y reflexividad de lo sensible. De este modo, la barbarie que expresa Rosas no es la de la razón especulativa, sino especular.

Para que la proyección especular de imágenes funcione además de la distancia es necesario que exista credibilidad. Este dispositivo depende de la pasión política que se activa con el amor del pueblo. El ejemplo de Moisés, en el cual el pueblo de Israel se encontraba disperso y sin autoridad que lo unifique, demuestra que es necesario un vínculo de fe para que se constituya un lazo afectivo. El pueblo decide dejarse afectar por la imagen del nuevo líder antes de tener ninguna garantía sobre el resultado de la acción. En este sentido, Florencia Abadi sostiene que: “La confianza amorosa detiene el impulso curioso y posesivo del deseo y deja ser a la alteridad” (2018, p. 39). La posesión del otro no es amor, sino el sacrificio en pos del ideal, como bien sabe Narciso en el momento en que

se pierde fatalmente en su propia imagen. El narcisismo tiene un carácter monádico porque deviene en autoerotismo patológico. Sin embargo, no es un estado de gracia porque al igual que el intelectual exiliado, se trata de una situación afectiva fundada en la ofensa, en la herida abierta por el rechazo.

Sarmiento, al igual que el narcisista, desconfía. Emprende una proyección persecutoria cargada de envidia y sacrificios. Es interesante que en su propio texto complejiza la primera caracterización de Rosas como “espíritu calculador” para avanzar hacia una descripción mucho más especular. Alejado del arquetipo de ingeniero, capitán, científico o conquistador, Rosas es analizado a continuación como un monstruo (la Esfinge de Tebas). En su investigación sobre esta figura, Michel Foucault sostiene que:

el monstruo es en cierto modo, la forma espontánea, la forma brutal, pero por consiguiente la forma natural de la contranaturaleza. Es el modelo en aumento, la forma desplegada por los juegos de la naturaleza misma en todas las pequeñas irregularidades posibles. Y en ese sentido, podemos decir que el monstruo es el gran modelo de todas las pequeñas diferencias (2000, p. 62).

El carácter de “modelo en aumento” es útil para comprender el “molde más acabado” que es Rosas. Esta exuberancia de la forma es lo que lo vuelve indescifrable. Y, sin embargo, es esa misma condición la que obliga a volver la mirada una y otra vez sobre su figura. La creación de la imagen de Rosas es también la invocación de una tarea política. En este sentido, Sarmiento, con la ilusión de un pintor que comienza una obra, augura sobre el enigma argentino:

Un día vendrá, al fin, que lo resuelvan; y la Esfinge Argentina, mitad mujer, por lo cobarde, mitad tigre, por lo sanguinario, morirá a sus plantas dando a la Tebas del Plata, el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo (Sarmiento, 1999, p. 25).

Es fácil adivinar que Sarmiento anhela ser él quien ocupe este nuevo lugar político, ser el siguiente arquetipo de liderazgo realizado con lo mejor de los moldes anteriores. Como señalaba antes González respecto de Lorenzo y

Maquiavelo, aquí parece que quien se aleja para pintar al líder queda preso de un cambalache que lo arrastra a ser también lo retratado.

En la última cita de Sarmiento, es interesante notar el paralelismo con las bestias que usa el príncipe de Maquiavelo. Mientras el primero debe servirse de la mujer y el tigre, el segundo se sirve de la zorra y el león. La mujer, como la zorra, aparece como el lugar de lo cobarde; mientras el tigre, como el león, de lo sanguinario. Cabe destacar que el lugar predominante de la zorra en el texto de Maquiavelo posibilita realizar un análisis de lo femenino desde un lugar de reivindicación. Traslada esta consideración al texto de Sarmiento, se puede pensar que la “cobardía” de Rosas, asociada a la falsedad y al disimulo, es parte de sus virtudes en el combate político.

La familiaridad que se desarrolla entre estas cuatro figuras bestiales me permite afirmar, nuevamente, que Maquiavelo no es para Sarmiento un simple calificativo del Restaurador. Encuentro cercanías entre ambos en la escritura, caracterizada por el uso de analogías y ejemplos; en el desamor que los expulsa de la arena política, pero les posibilita analizarla; en la fabricación de un molde o un arquetipo para interpretar el liderazgo político y en la formulación de un bestiario para pensar las dualidades que habitan en el líder. Ambos dan cuenta de una política especular, donde la duplicidad y el disimulo activan la trama de todo lo que se torna sensible.

Consideraciones finales

La dimensión de simulacro que envuelve el retrato de Rosas también implica que no es posible analizar a un líder sin analizar, a su vez, el liderazgo. Se simula ante otro, y para que haya espejos debe haber algo que es espejado. El espanto de un espejo vacío es también el de un líder sin pueblo. Entonces, hay líder porque hay un pueblo que reconoce la vitalidad de su proyección a través de sus efectos sensoriales y a través de la fe, sobre la que se fundamenta el vínculo amoroso. El amor es ciego porque se deja atravesar en cuerpo entero por la imagen del líder.

Sin embargo, las teorías que analicé dentro de la razón especulativa parecen pensar que es posible un liderazgo sin producción de imágenes. Al proponer una continuidad sin rupturas ni quiebres entre el líder y el pueblo apelan a una representación de tipo isomórfica. De esta forma, suponen una metafísica autopoiética, sin vacíos ni ausencias. Este liderazgo se manifiesta en la voracidad que devora todas “las pequeñas diferencias”, en favor del apego al nombre propio. El problema es que estas teorías no pueden pensar/pintar la sobre-vida de los arquetipos en la deformación de cada molde. Por este mismo motivo, se trata de teorías conservadoras que no explican cómo quien mira es requerido por lo mirado.

Otra de las conclusiones que se desprenden de este trabajo es que, así como el líder es tocado por el pueblo, también el intelectual es tocado por el líder. Las distancias hacen trabajar la percepción a través del manoseo indiscriminado que producen las imágenes. En palabras de José María Ramos Mejía, la “historia de carne y hueso, como diría un visual” que construye Sarmiento sobre Rosas es valiosa porque “Apenas 'acomodemos' el ojo para la 'visión distinta', los tocamos con la mano” (1907, p. 45). La expulsión del intelectual lo posibilita –y lo obliga– a teorizar sobre el liderazgo desde un profundo sentimiento de desamor.

En este juego, la distancia y la reversibilidad entre quien percibe y lo que es percibido, da cuenta de la densidad del lazo político. La construcción de un liderazgo se comprende entonces desde el enchastre de una erótica que no se reduce a una percepción unívoca. La sensibilidad común motoriza el conocimiento a partir de las exuberancias de las formas duplicadas. Este proceder es propio de Sarmiento, tan falso como Rosas, cuando cita a Shakespeare en francés. Manosea y deforma el texto original, de la misma forma que él acusa a sus adversarios de envilecer su nombre. Y como las cartas que solo puede caer en las manos equivocadas, sus palabras interrumpen el reflejo nítido de un autorretrato celebratorio. El enigma de la nación argentina es la tragedia del espejo

político, de un arquetipo que solo existe en el vacío de proyecciones alucinadas e incesantes. Como Moisés y Lorenzo en Maquiavelo, Rosas es para Sarmiento el efecto de un acto de magia performática. Maquiavelo se encuentra en el espejo de Sarmiento porque ambos comparten una forma poética de comprender el liderazgo. Así, finalizo este recorrido, con el disfraz de la mujer/zorra, es decir, duplicando las apariencias, comparado lo que, a primera vista, no tienen relación ni medida.

Bibliografía

- Abadi, Florencia (2018). El sacrificio de Narciso. Hecho Atómico.
- Aristóteles (1978). Acerca del alma, trad. Tomás Calvo Martínez. Gredos.
- Borges, Jorge Luis (1998). La trama. En El hacedor (pp. 11-12). Emecé.
- Burnham, James (1945). Los maquiavelistas: defensores de la libertad. Emecé.
- Cassirer, Ernst (2004). El mito del estado. Fondo de Cultura Económica.
- Castorina, Franco (2022). Apariencia, creencia y engaño en Nicolás Maquiavelo. Anacronismo e Irrupción, 12 (23). <https://doi.org/10.62174/aei.8026>
- Foucault, Michel (2000). Los anormales. Curso en el collège de France. 1974 - 1975. Fondo de Cultura Económica.
- Frazer, James (1981). El alma como sombra y como reflejo. En La rama dorada (pp. 230-235). Fondo de Cultura Económica.
- González, Horacio (2019). Maquiavelo y el problema de la lectura. Papel Máquina, Revista de cultura, (13).
- González Vázquez, Carmen (2000). La escena imaginaria del espectador plautino. Pallas, (54). <http://www.jstor.org/stable/43605497>
- Landi, Sandro (2022). La mirada de Maquiavelo. Un ensayo desde la historia intelectual. Eudeba.
- Lefort, Claude (2010). Maquiavelo. Lecturas de lo político. Trotta.
- Losada, Leandro (2019) Maquiavelo, del repudio a la vigencia (1830-1910). En Maquiavelo en Argentina. Usos y lectura, 1830-1940 (pp. 17-62). Katz.
- Machiavelli, Niccolò (1891). Il príncipe. Clarendon Press.
- Machiavelli, Niccolò (1883). Lettere familiari. Secondo l'edizione curata da Edoardo Alvisi. Sansoni.
- Maquiavelo, Nicolás (2005). El príncipe, trad. Antonio Tursi. Biblos.
- Mattei, Eugenia (2016). L'esecutore privilegiato di Dio: la figura de Moisés en la obra de Nicolás Maquiavelo. Análisis filosófico, 36 (1). <https://doi.org/10.36446/af.2016.34>
- Merleau-Ponty, Maurice (1969). Signos. Seix Barral.
- Merleau-Ponty, Maurice (1986). El ojo y el espíritu. Paidós.

- Mosca, Gaetano (2006). La clase política. Fondo de Cultura Económica.
- Piglia, Ricardo (1980). Notas sobre Facundo. Punto de Vista, 3 (8).
- Platón (1988). Banquete. En Diálogos vol. III. Fedón. Banquete. Fedro (pp. 143-289). Gredos.
- Ramos Mejía, José María (1907). Los historiadores de Rosas. En Rosas su tiempo tomo 1 (pp. 1-55). Felix Lajouane.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1998). Recuerdos de provincia. Emecé.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1999). Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas. Planeta.
- Schmitt, Carl (1985). La dictadura. Desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletarias. Alianza.
- Skinner, Quentin (1993). Los fundamentos del pensamiento político moderno. Fondo de Cultura Económica.
- Skinner, Quentin (1998). Maquiavelo. Alianza.